mi antigua posición, que era la «Ladrillera de Azcárate,» me presenté al Gral. Zaragoza en el atrio de la capilla de los Remedios; y habiéndole dado cuenta de todas mis operaciones, y especialmente de mi forzado avance, aprobó de lleno mi conducta.

«Mis tropas habían recogido las mochilas que el enemigo dejó al marchar sobre mí, y que no pudo recoger al retirarse por rumbo diverso del que traía al avanzar.

«Fué tan seria la refriega, que la bandera recibió cinco balazos en el paño y uno en su asta. Esta bandera me fué presentada, varios años después, con una acta, subscrita por los que, habiendo sido oficiales subalternos de ese batallón (el segundo de Oaxaca), eran ya Generales cuando me la presentaron, y son, entre otros, el Gral. D. Francisco Loaeza, el Gral. D. Guillermo Carbó y el Gral. D. Marcos Carrillo; y la conservo en mi sala de armas como un recuerdo honroso.

«La victoria fué tan inesperada, que nos sorprendimos verdaderamente con ella; y pareciéndome una ficción, divagué en la noche sobre el campo, para ratificar la verdad de los hechos con el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo y los de nuestras fuerzas; con las conversaciones que los soldados tenían alrededor del fuego, y con las lejanas luces del campamento contrario.

«El parte que dió el Gral. Zaragoza de la batalla del 5 de Mayo de 1862, expresa el número de nuestra tropa, inferior á la francesa, si se descuenta la que quedó á las órdenes del Gral. D. Santiago Tapia, que se destinó á la defensa del perímetro interior de la ciudad, y que no entró en acción, porque no llegó á ser atacada. Inserto en seguida, por su interés histórico, el parte oficial de la batalla.»* (Memorias).

---

* Ejército de Oriente.—General en jefe:

«Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á Ud. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda Brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible le hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada.

«Al amanecer del día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete, que con la segunda División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y de montaña. El mismo día 4, hice formar, de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres Columnas de ataque, compuestas: la primera, de 1,082 hombres; la segunda, de 1,000, y la última, de 1,020, toda infantería; y además, una Columna de caballería con 550 caballos que mandaba el C. General Antonio Álvarez, designando para su dotación una Batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

«A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que yo había determinado, y que verá Ud. marcada en el croquis adjunto; ordené al C. Comandante militar de artillería, Coronel Ceferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

«A la diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus Columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque, que nó había yo previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando, en consecuencia, que la Brigada Berriozábal, á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón «Reforma,» de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros, que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de

Al avanzar Porfirio Díaz contra los zuavos, el Subteniente D. Miguel González, abanderado del segundo batallón oaxaqueño, cae herido en el corazón por una bala; pero antes de caer, extiende el brazo y pone la bandera en manos de su compañero, el Teniente D. Manuel Varela, un soldado poeta, que recitando, poco antes de empezar la batalla, unos hermosos versos suyos, había jurado morir por su bandera.

Varela cae también, herido en la cabeza, pero cae abrazado á la gloriosa enseña de la patria, para morir envuelto en ella.

El Capitán D. Crisóforo Canseco, salva la bandera, tomándola de las manos del cadáver, y en seguida, para atender á su compañía, la entrega al Subteniente D. Domingo Loaeza, en los momentos en que el PRIMER EJÉRCITO DEL MUNDO huía de nuestros INDIOS, dejando sus heridos en el campo, y sus mochilas en poder del futuro vencedor de Miahuatlán y de La Carbonera.

Tal fué el principio de la heroica lucha entre Francia y el pueblo mexicano.... El final del gran drama, iba pronto á tener, por escenario, un cadalso expiatorio, y por sanción, un justo regicidio.

«Rechazado de Puebla, Laurencez permaneció en los Álamos todo el día 6, esperando, aunque en vano, el auxilio de Márquez, y el día 7 se retiró con sus Columnas en dirección á Orizaba.

«Permanecimos dos días más en Puebla, durante los cuales se dieron algunas órdenes para la organización del cuerpo del ejército, y emprendimos la marcha en seguimiento del enemigo, marcha muy penosa para él, porque las lluvias habían puesto muy difícil el camino, y le faltaba ganado para su tren, que se hacía más pesado por el gran número de heridos que llevaba.

«Pasó aquél, al fin, las cumbres de Acultzingo, quedando nosotros en la cañada de Ixtapa y San Andrés Chalchicomula, por algunos días, esperando á la División de Zacatecas, mandada por el Gral. D. Jesús González Ortega, y la cual venía á incorporársenos.» (Memorias).

Mientras el General Zaragoza organizaba sus tropas para marchar sobre Orizaba, el traidor Márquez se había incorporado á las fuerzas invasoras, poniendo todas sus tropas á disposición de Laurencez.

Éste, que había logrado apoderarse de la posición del Chiquihuite,

---

la misma Brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una Columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería, situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

«Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente. El ciudadano General Díaz, con dos cuerpos de su Brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla, y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron á la Columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José Rementería, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados, se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: por tanto, mandé hacer alto al ciudadano General Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

«Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Álamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

«La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente;

restablecido su comunicación con Veracruz y situado destacamentos en Córdova y en «El Potrero,» tuvo noticia de que una fuerza liberal había ocupado el cerro del «Borrego,» y dispuso que el capitán Diétrie, con una compañía del primer batallón, fuese inmediatamente á practicar un reconocimiento.

Las fuerzas que ocupaban dicho cerro, eran las de González Ortega, que retardándose en ejecutar las órdenes de Zaragoza, había obligado á este jefe á que aplazara para el día 14 el ataque preparado para el día 13.

A la una y media de la mañana llegó el capitán Diétrie, sin encontrar un solo centinela, y sorprendió una media batería, que apenas tuvo tiempo de disparar dos cañonazos.

El estampido de los cañones, en la obscuridad de la noche y casi en medio del campamento, desconcertó á las tropas liberales, que se atropellaron en espantosa confusión, mientras que Diétrie cargaba sobre ellas.

Aquello fué un desastre que nos costó muy caro: cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, siete cañones, algunos prisioneros y 300 dispersos.

---

y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.

«Por demás me parece recomendar á Ud. el comportamiento de mis valientes compañeros: el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío, y por sí solo los recomienda.

«El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su General en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

«Las armas nacionales, ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer Magistrado de la República, por el digno conducto de Ud.; en el concepto de que puedo afirmar, con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano durante la larga lucha que sostuvo.

«Indicaré, por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve necesidad de mandar á las Brigadas O'Horán y Carbajal á batir á los facciosos, que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente, de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

«Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurrieron.

«Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—I. Zaragoza.—Ciudadano Ministro de Guerra.—Mexico.»

Entre los muertos se contaban tres valientes jefes, los Coroneles D. Luis Pedraza, D. Dagoberto García y el Teniente Coronel D. Fortunato Alcocer. Sin la derrota de nuestra fuerza en el cerro del «Borrego,» probable es que Zaragoza se hubiese apoderado de Orizaba.

«Antes de que la División del General González Ortega se incorporara en San Andrés Chalchicomula á nuestra Columna, que era la mandada por el General Zaragoza, recibió órdenes de pasar la cordillera por Perote, para salir al Norte de Orizaba, por el rumbo de «La Perla,» y tomar el ramal de la sierra que remata en el cerro del «Borrego,» desde el cual se domina, á tiro de fusil, á Orizaba, con orden de permanecer allí sigilosamente en la noche, hasta que nuestra Columna, que había pernoctado en la hacienda de Tecamaluca y «El Ingenio,» atacara la ciudad por la garita de México y por el camino de la fábrica de Cocolapan, en cuyos momentos, la División de Zacatecas debía verificarlo por el Norte y Occidente, descendiendo por sorpresa del cerro, mientras su artillería, en posición dominante y próxima, haría terribles destrozos sobre el enemigo.

«Después de amanecer, el día 14, orgullosos los franceses por la fácil victoria que habían alcanzado en el cerro del «Borrego,» luego que descubrieron nuestra línea de batalla, que había sido formada al abrigo de la obscuridad, comenzaron á cañonearla. Mi Brigada no había tenido colocación en la formación de batalla, y había quedado situada entre la primera y segunda líneas, organizada en dos columnas: una compuesta de los batallones «Morelos» é «Independencia,» á mis inmediatas órdenes, y la otra, formada de los batallones «Guerrero» y «Aguascalientes,» que se me habían agregado en la nueva organización que se dió al ejército en Puebla después del 5 de Mayo, y cuya Columna mandaba el Teniente Coronel D. Luis Mier y Terán. Después de un cañoneo muy vivo, ejecutado por los franceses y contestado por nuestra artillería, salieron dos Columnas francesas sobre nuestra línea, á paso de carga, y entonces se me ordenó por el Cuartel-maestre, Gral. D. Santiago Tapia, que marchara, también á paso de carga, al encuentro de dichas Columnas. Durante nuestra marcha, el fuego de la artillería de los franceses sobre nuestra línea, era divergente, y el de nuestra artillería, sin contestar al fuego de las baterías enemigas, hizo los suyos convergentes sobre las cabezas de las Columnas contrarias, que retrocedieron antes de chocar con las nuestras; en seguida recibí orden de contramarchar también y ocupar uno de los claros que había en primera línea, en donde permanecimos hasta que anocheció.

«Una vez entrada la noche, fueron recibiendo órdenes, sucesivamente, los jefes de las Brigadas que formaban la primera y segunda líneas, para contramarchar á la hacienda de Tecamaluca. González Ortega se dirigió por la sierra á San Andrés Chalchicomula, con los restos de su División. A mí se me ordenó que la Brigada de mi mando fuera la última que se retirara, con la sección de artillería que estaba sobre la carretera á mis órdenes. Después de media noche, y cuando el movimiento había sido enteramente ejecutado por todas las demás tropas, me retiré á mi vez, por escalones, alternando con la Columna puesta á las órdenes del Teniente Coronel Terán, y llegué sin novedad á Tecamaluca, donde pasamos todo el día siguiente, para emprender en seguida la marcha á San Andrés Chalchicomula.» (Memorias).